



ARCHDIOCESE
OF
DENVER

SANTOS

ENTRE NOSOTROS

El Orden Restaurado de los Sacramentos de Iniciación Cristiana

UNA CARTA PASTORAL DEL **ARZOBISPO SAMUEL J. AGUILA**

Copyright © 2015, Archdiocese of Denver, Denver, CO. All rights reserved. No part of this work may be reproduced or transmitted in any form of by any means, electronic or mechanical, including photocopying, recording, or by any information storage and retrieval system, without permission in writing from the copyright holder.

VISION GENERAL

Esta carta pastoral está dividida en tres partes:

- I. Los Sacramentos de Iniciación
- II. La Escuela de la Familia
- III. Restauración del Orden

En conjunto, llevarán al lector a través de la teología de los Sacramentos de Iniciación, el papel de los padres en la trasmisión de la fe y por último, cómo el regreso de estos tres sacramentos a su orden original ayudarán a responder a las necesidades espirituales de nuestro tiempo y a fomentar una cultura de continua conversión.

Introducción

Una breve explicación de la razón por la cual la gracia se hará más disponible a una edad temprana (4)

Los Sacramentos de Iniciación

Una mirada a cómo los tres Sacramentos de Iniciación están orientados a un encuentro con Jesús en la Eucaristía y una breve historia de cómo la Iglesia ha celebrado la confirmación (7)

La Escuela de la Familia

Una enseñanza sobre cómo la familia sirve como “iglesia doméstica” y la bendición que los padres e hijos experimentan en esta comunidad de amor y vida (12)

Restauración del Orden

Una explicación de las medidas prácticas que se tomarán para restaurar la Confirmación a su lugar original, una visión de cómo esto responde a los problemas espirituales de nuestro tiempo, y una reflexión sobre cómo el cambio representa una oportunidad para centrarse en auténtico discipulado (15)



Queridos hermanos y hermanas en Cristo,

El 4 de octubre del año 2014 nuestro país tuvo una experiencia histórica: la primera beatificación realizada en el suelo americano. La mujer declarada beata fue la Hermana Miriam Teresa Demjanovich de las Hermanas de la Caridad de St. Elizabeth.

La Hermana Miriam Teresa nació en Bayonne, Nueva Jersey, de padres eslovacos, en 1901. Era la menor de siete hermanos. Su familia vivía en medio de las refinerías de petróleo de Nueva Jersey. Su crianza no tuvo nada de particular.

Pero Dios estaba trabajando en su corazón y en su familia, para hacerla santa, y cambiar el mundo.

La Beata Miriam Teresa creía que la “imitación de Cristo en las vidas de los santos es siempre posible y compatible con todo estado de vida”. San Juan Pablo II también repetía esta idea una y otra vez, haciendo eco del llamado universal a la santidad del Concilio Vaticano II¹.

Los padres y los niños de hoy enfrentan muchos desafíos, que la Hermana Miriam Teresa no conoció. Pero Dios todavía quiere acercarnos a Él, y hacer de nosotros hombres y mujeres santos, con una vida ordinaria que aman a Dios con todo el corazón y que lo quieren seguir adonde quiera que Él vaya.

Dado que he recibido el encargo de Cristo de guiar a cada uno de ustedes en

su camino al cielo, les estoy escribiendo esta carta para explicarles una de las maneras en que les quiero servir como pastor.

El mundo necesita santos. Si bien nuestra sociedad se aleja de la fe y se olvida de Dios, todavía anhela el testimonio alegre de aquellos que han sido

Sin embargo, el último siglo ha dejado claro que estas innovaciones no salvarán a la humanidad. Todavía tenemos guerras, enfermedades, corrupción e injusticia. Lo que nos salvará no es la siguiente “novedad”, sino el manantial de gracia y de amor que la Santa Trinidad quiere derramar sobre nosotros.

transformados por Cristo. Además, nuevas generaciones de católicos necesitan la gracia de Dios para sostenerlos en sus entornos no-cristianos.

Para responder a estas necesidades, he decidido restaurar el orden original de los sacramentos de iniciación: Bautismo, Confirmación y Eucaristía. Esto hará que toda la gracia sacramental que la Iglesia puede ofrecer, esté disponible para los niños que han alcanzado la edad de la razón.

Cuando fui obispo de Fargo, restauré el sacramento de la confirmación a su orden original, mediante la publicación de la carta pastoral *Envíanos tu Espíritu*. Si bien había razones teológicas y pastorales para hacerlo, me convencieron aún más los testimonios sobre la gracia que recibieron al hacerlo, tanto los padres como los niños.

El Catecismo nos enseña que “la gracia de Cristo es el don gratuito que Dios nos hace de su vida infundida por el Espíritu Santo en nuestra alma para sanarla del pecado y santificarla”².

Muchas personas viven hoy como si Dios no existiera. O si piensan que existe, lo ven como un juez lejano, que interviene rara vez en los asuntos humanos. En vez de buscar la gracia de Dios y una relación íntima con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo para solucionar sus problemas, nuestra sociedad se vuelca a la tecnología, la ciencia y la autosuficiencia.

Sin embargo, el último siglo ha dejado claro que estas innovaciones no salvarán a la humanidad. Todavía tenemos guerras, enfermedades, corrupción e injusticia. Lo que nos salvará no es la siguiente “novedad”, sino el manantial de gracia y de amor que la Santa Trinidad quiere derramar sobre nosotros.

De esto se trata la restauración del orden original de los sacramentos de iniciación. El orden original comienza dando al creyente la vida en Cristo a través del Bautismo. A esto le sigue la Confirmación, que perfecciona la gracia recibida en el Bautismo; nos da los dones del Espíritu Santo; nos prepara para recibir a Jesús en la Eucaristía, y nos ayuda para ser sus discípulos para toda la vida.

Como explica el Catecismo, “La Sagrada Eucaristía culmina la iniciación cristiana. Los que han sido elevados a la dignidad del sacerdocio real por el Bautismo y configurados más profundamente con Cristo por la Confirmación, participan por medio de la Eucaristía con toda la comunidad en el sacrificio mismo del Señor”³.

El Catecismo también nos enseña de manera muy hermosa que “Los demás sacramentos, como también todos los ministerios eclesiales y las obras de apostolado, están unidos a la Eucaristía y a ella se ordenan. La sagrada Eucaristía, en efecto, contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo mismo...”⁴

La Beata Miriam Teresa fue bautizada, confirmada y recibió su Primera Comunión cuando tenía cinco años. Solo llegó a vivir 26 años, pero en ese corto periodo de tiempo su amor por Jesús la transformó y mediante su testimonio impactó la vida de muchos.

La fuerza de su deseo de santidad se ve claramente en una de las conferencias espirituales que escribió para sus hermanas de comunidad: “Los santos solo hicieron una cosa—la voluntad de Dios. Pero la hicieron con todas sus fuerzas”⁵.

Tanto la Arquidiócesis de Denver como la Iglesia universal necesitan más católicos en los que arda el fuego de la fe. Necesitamos más discípulos de Cristo que amen a Dios “con todas sus fuerzas”. Por esta razón, estoy restaurando la Confirmación a su lugar original en los sacramentos de iniciación.



PARTE I

Los Sacramentos de Iniciación

Los tres sacramentos de iniciación cristiana juegan un rol muy importante en el proceso de convertirnos en discípulos auténticos, en hombres y mujeres que estén dispuestos a seguir a Cristo y a arriesgarse por su Reino.

En esta sección explicaré cómo estos tres sacramentos de iniciación están orientados al encuentro con Jesús en la Eucaristía. También recordaré la celebración de la Confirmación a lo largo de la historia de la Iglesia, para que puedan entender el contexto histórico de su lugar en el orden de los sacramentos.

La Relación de los Sacramentos de Iniciación Cristiana

La Confirmación debe ser siempre vista como un sacramento de iniciación, que está unida al Bautismo y a la Eucaristía. Si bien está íntimamente unida al Bautismo, la Confirmación es mucho más que un mero apéndice. Es un sacramento en todo el sentido de la palabra, con derecho propio⁶. En el Bautismo recibimos el Espíritu Santo de manera real, pero en la Confirmación éste se nos da de tal manera que completa las gracias recibidas en el Bautismo y otorga una fortaleza particular en aquel que la recibe⁷.

La relación entre los sacramentos se puede explicar mediante una analogía con la historia de la salvación: “La Confirmación sella el Bautismo como Pentecostés completa la Pascua”⁸.

Cuando somos bautizados, el pecado original es lavado por nuestra participación en la muerte y resurrección de Jesucristo. Al resucitar con Él, recibimos nuestra identidad de hijos e hijas del Padre, y el cielo como nuestro destino.

En su Carta a los Romanos, San Pablo habla del cambio que se produce en el Bautismo. “En efecto, todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios. Pues no recibisteis un espíritu de esclavos para recaer en el temor; antes bien, recibisteis un espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar: ¡Abbá, Padre! El Espíritu mismo se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios”⁹.

La Confirmación fortalece nuestra identidad con el sello del Espíritu Santo y la

efusión de sus dones. Estos dones nos ayudan a profundizar en la adoración al Padre a través de Jesús en la Eucaristía. “Por Cristo, con él y en él, a ti, Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos. Amén.”

Necesitamos los dones del Espíritu Santo para vivir una vida que dé gloria al Padre, todos los días, a cada hora, cada minuto y cada segundo. La meta de la vida cristiana no es un mero moralismo, que crea normas y las sigue; ni tampoco un sistema ideológico que nos presenta verdades para nuestro asentimiento. Más bien, es “la experiencia viva del Señor Jesús en la gracia de su Espíritu”¹⁰.

La Edad para Recibir la Confirmación a lo Largo de la Historia

El entendimiento y la práctica de la Iglesia del sacramento de la Confirmación se han desarrollado a lo largo de los siglos. Para entender mejor nuestra práctica actual, es importante volver sobre nuestros pasos y mirar el desarrollo histórico del sacramento. Vemos las primeras referencias a la celebración de este sacramento en los Hechos de los Apóstoles, cuando Pedro y Juan rezan para que el Espíritu Santo descienda sobre los samaritanos¹¹. Si bien los samaritanos habían sido bautizados, no habían recibido el Espíritu Santo.

La Carta a los Hebreos desarrolla la idea de la imposición de las manos como un momento importante y diferente al Bautismo¹². Cuando la Iglesia temprana creció, los sacramentos del Bautismo y la Confirmación se celebraban en un mismo acto de iniciación que conducía a la recepción de la Primera Comunión. Esto puede ser experimentado hoy en día cuando una persona que haya llegado a la edad de la razón (siete años) entra a la Iglesia a través del Rito de Iniciación Cristiana de Adultos (RCIA) en la Vigilia Pascual. Este mismo orden está presente en los ritos católicos orientales, donde los fieles reciben los tres sacramentos de iniciación siendo bebés.

Después del siglo V se hizo más difícil para los obispos realizar visitas pastorales a sus diócesis para bautizar y confirmar a los fieles en una misma ceremonia. Esto oscureció el vínculo íntimo entre Bautismo, Confirmación y Eucaristía. Los infantes recibían el Bautismo y la Eucaristía del sacerdote,

mientras que el obispo, cuando pudiera visitar la parroquia, administraría la Confirmación y la Eucaristía a cualquier niño bautizado. A través del tiempo, cesó la recepción de la comunión a los infantes y la Confirmación recibió cada vez menos atención.

En la Edad Media los niños recibían la Confirmación al llegar a la edad de la razón, alrededor de los siete años, pero no recibían la Primera Comunión sino a la edad de 11 o 12 años. Esto significó una vuelta al orden original de los sacramentos.

A mediados del siglo XVIII, un obispo en Francia decidió que los jóvenes sólo podían ser confirmados después de haber recibido la Primera Comunión. Esto implicó un cambio importante, ya que la decisión no estaba basada en las posibilidades que tenía el obispo de visitar la parroquia, sino en que la persona recibiera una preparación adecuada. Esta práctica se extendió por varias diócesis francesas, pero Roma la rechazó, y en 1897 el Papa León XIII reiteró que la Confirmación debía ser celebrada al llegar a la edad de la razón.

Sin quererlo, el Papa Pío X comenzó el proceso del actual desplazamiento de la Confirmación en 1910, cuando bajó la edad de la Primera Comunión a los siete años. En su carta *Quam Singulari* no menciona el sacramento de la Confirmación y pareció asumir que se mantendría la práctica de confirmar a los niños al llegar a la edad de la razón. Su preocupación principal era que los niños tuvieran todos los recursos que necesitaban para vivir una rica vida espiritual y cumplir su misión de cristianos en el mundo moderno. Por lo tanto la práctica de recibir la Primera Comunión en segundo grado y luego recibir la Confirmación al empezar o terminar la secundaria es una práctica relativamente reciente en la Iglesia.

La práctica de recibir la Primera Comunión en segundo grado y luego recibir la Confirmación al empezar o terminar la secundaria es una práctica relativamente reciente en la Iglesia.

La Constitución sobre la Sagrada Liturgia del Concilio Vaticano II pidió que el rito de la Confirmación fuese revisado. Pablo VI estableció claramente en la

Constitución Apostólica sobre la Confirmación que “los fieles renacidos en el Bautismo se fortalecen con el sacramento de la Confirmación y finalmente, son alimentados en la Eucaristía con el manjar de la vida eterna, y así, por medio de estos sacramentos de la iniciación cristiana, reciben cada vez con más abundancia los tesoros de la vida divina y avanzan hacia la perfección de la caridad”¹³. Es en este momento cuando vemos el inicio del movimiento de regreso al antiguo orden de los sacramentos de la Iglesia: Bautismo, Confirmación y Eucaristía.

Este retorno al orden original de adultos ha aparecido también en la historia reciente. Tanto el Rito de Iniciación Cristiana de Adultos de 1988, como el *Código de Derecho Canónico* de 1983 y el *Catecismo de la Iglesia Católica* de 1992 utilizan el antiguo orden de los sacramentos de iniciación, culminando con la Eucaristía¹⁴.

El tema también fue tratado por el Papa Benedicto XVI, en la *Sacramentum Caritatis*, en la que dice que “nunca debemos olvidar que somos bautizados y confirmados en orden a la Eucaristía. Así pues, la santísima Eucaristía lleva la iniciación cristiana a su plenitud y es como el centro y el fin de toda la vida sacramental”¹⁵. Su preocupación era mantener la centralidad de la Eucaristía, que en muchos programas catequéticos recibe menos atención que la Confirmación.

Como obispo de Fargo, pude encontrarme personalmente con el Papa Benedicto durante mi visita ad limina en marzo del 2012. Compartí con él el proceso que usamos en la diócesis para restaurar la Confirmación a su lugar original, relato que el Papa escuchó atentamente. Luego replicó: “Tú has hecho lo que yo siempre quise hacer”.



PARTE II

La Escuela de la Familia

Después de haber restaurado el orden de los sacramentos en Fargo, me encontré con un padre cuyo hijo, que estaba cursando quinto grado, había recibido la Confirmación hacía ya dos años. Me explicó que cada noche su hijo rezaba para recibir los siete dones del Espíritu Santo y le pedía a él que hiciera lo mismo. El padre compartió que “realmente ha ayudado mucho a mi fe. Y ha hecho que anhele más recibir esos dones”. Aprendió de la fe de su hijo y se enamoró más del Espíritu Santo y de Jesús.

Yo también rezo diariamente por la efusión de los dones del Espíritu Santo: sabiduría, entendimiento, ciencia, consejo, fortaleza, piedad y “temor de Dios” (o “admiración y asombro” ante el Señor). Estos dones son una parte indispensable de la vida cristiana, que nos preparan para ser discípulos santos.

La familia es la primera escuela donde se forman los santos. Jesús confirmó esto al hacerse niño y al aprender de las virtudes, la oración y el carácter de María y José. Como Hijo de Dios, Cristo no tenía que venir al mundo de esa manera, pero eligió ese camino. José y María cuidaron a Jesús como un niño, y sabemos que cuando lo encontraron en el templo, Jesús regresó a casa con ellos “y vivía sujeto a ellos (...) y progresaba en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres”¹⁶.

Dios creó a la familia para ser un reflejo de la comunión de vida y de amor que existe al interior de la Trinidad. La unión de los esposos les permite participar del acto creativo de Dios y de ese amor nacen los hijos, de la misma manera que Adán y Eva surgieron del amor de la Trinidad.

La fecundidad del amor conyugal no se reduce a la sola procreación de los hijos, sino que “se amplía y se enriquece con todos los frutos de vida moral, espiritual y sobrenatural que el padre y la madre están llamados a dar a los hijos y, por medio de ellos, a la Iglesia y al mundo”¹⁷.

El Concilio Vaticano II habla de los padres como los primeros educadores de la fe para sus hijos¹⁸. Todos los padres están llamados a hacer de su hogar una “iglesia doméstica”¹⁹, donde los hijos puedan conocer a Cristo, crecer en virtud y donde se preparen para seguir la vocación que Dios les ha dado.

Esto significa que los padres son para los hijos los primeros educadores que los prepararán para recibir los sacramentos, y esto requiere que ellos

mismos conozcan y amen la fe. Si nosotros mismos no entendemos nuestra fe católica, ¿cómo podemos esperar que nuestros hijos la entiendan? Si no vivimos nuestra fe católica, ¿cómo podemos esperar que nuestros hijos lo hagan? Cada uno de nosotros debe examinar su propia vida y la de nuestros hogares, y preguntarse: ¿Es realmente mi familia una iglesia doméstica?

Cuando yo era niño, toda persona que entraba a nuestro hogar sabía que era católico. No había excusas para esto. En nuestro comedor había una imagen de la Última Cena. Por toda la casa había imágenes y estatuas del Sagrado Corazón, María y otros santos. Aun cuando venían amigos que no eran cristianos a pasar la noche, no les escondíamos los símbolos de nuestra fe.

Pero esas imágenes no pueden ser la única fuente de enseñanza para los niños o para aquellos que entren a nuestro hogar. Una de las maneras más efectivas para los padres de transmitir la fe es mediante actos de sacrificio amoroso. También es importante enseñar a los hijos a rezar, a que amen la Sagrada Escritura y a que sean un modelo en las virtudes.

Si nosotros mismos no entendemos nuestra fe católica, ¿cómo podemos esperar que nuestros hijos la entiendan? Si no vivimos nuestra fe católica, ¿cómo podemos esperar que nuestros hijos lo hagan?



PARTE III

Restaurando el Orden

Restaurar el orden de los sacramentos de iniciación implicará hacer algunos cambios en la manera en que transmitimos la fe a nuestros hijos. Pero tanto en Fargo como en otras diócesis alrededor del mundo, como la de Phoenix, estas modificaciones han dado buen fruto.

La Arquidiócesis de Denver se tomará cinco años para restaurar el orden de los sacramentos, utilizando un proceso gradual que tendrá por meta que todos los niños hayan recibido la Confirmación y la Primera Comunión en tercer grado hacia el año 2020. Se motiva a las parroquias a graduar la transición preparando a los niños para recibir la Confirmación en sexto grado, durante los dos años siguientes. Esto permitirá a las parroquias implementar la restauración del orden en el año 2017.

Además de dar más temprano la gracia sacramental a nuestros niños, este cambio dará consistencia tanto a la edad de la Confirmación como al proceso de preparación a lo largo de la arquidiócesis. El proceso para restaurar el orden puede variar de parroquia en parroquia, ya que los tamaños, la demografía, los recursos y otros factores pueden influir en la transición, y hacerla más rápida o más lenta. Esta decisión implicará que por un considerable periodo de tiempo el número de alumnos de nuestras clases de Confirmación sea bastante alto.

Restaurar el orden de los sacramentos de iniciación implicará hacer algunos cambios en la manera en que transmitimos la fe a nuestros hijos. Pero ... en otras diócesis alrededor del mundo, estas modificaciones han dado buen fruto.

El Nuevo Panorama Espiritual

Los cambios más importantes que se esperan de la restauración del orden de la Confirmación no son tanto logísticos, sino espirituales. Esto es muy importante, ya que hoy nos movemos en un terreno espiritual muy diferente al de nuestros padres y abuelos. Si vemos el panorama espiritual de la sociedad americana moderna, entendemos la necesidad imperiosa de que

los niños reciban la gracia a una edad temprana.

En el 2009, los sociólogos Christian Smith y Melinda Lundquist Denton publicaron un estudio acerca de las creencias y prácticas religiosas de los adolescentes americanos que marcó un hito. El análisis, primero en su tipo, se publicó bajo el título de *Soul Searching: The Religious and Spiritual Lives of American Teenagers*. (En español: *Almas en búsqueda: La vida religiosa y espiritual de los adolescents norteamericanos*).²⁰

Esta especie de fe hecha por nosotros mismos no puede mantenerse en pie, ya que no está basada en la verdad de la persona humana. La verdad es que no nos ganamos el cielo; es un don de la intimidad y del amor con el Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Los investigadores descubrieron que la mayoría de los adolescentes americanos, independientemente de su fe, creían en lo que los autores llamaron *Deísmo Moralista Terapéutico*²¹. Esto significa que creen que Dios existe y que creó el mundo, pero que rara vez interviene en su desarrollo; que Dios quiere que las personas sean buenas, agradables y justas; que la meta de la vida es ser feliz y sentirse bien con uno mismo; y que la gente buena se va al cielo.

Pero lo que los adolescentes mencionaron solo pocas veces fueron las ideas sobre lo espiritual más allá de su experiencia subjetiva. “Para la mayoría de los adolescentes en Estados Unidos, el lenguaje, y por lo tanto la experiencia de la Trinidad, santidad, pecado, gracia, justificación, santificación, iglesia, Eucaristía, cielo e infierno, parecen ser suplantados

por un lenguaje de felicidad, de ser agradables y de ganar una recompensa celestial”²².

Esta especie de fe hecha por nosotros mismos no puede sostenerse, ya que no está basada en la verdad de la persona humana. La verdad es que no nos ganamos el cielo; es un don de la intimidad y del amor con el Padre, Hijo y Espíritu Santo. La verdad es que la felicidad auténtica y duradera solo la obtendremos al vivir de acuerdo a cómo fuimos creados, lo que se nos revela

en una persona—Jesucristo. Solo Él “puede conducirnos al amor del Padre en el Espíritu y hacernos partícipes de la vida de la Santísima Trinidad”²³.

Restaurar las Prioridades

Tengo la esperanza y la confianza de que, una vez que la Confirmación sea restaurada a su lugar original, será una ocasión de profundo encuentro con cada persona de la Trinidad; y ya no será “el sacramento de despedida”, como lo ha llamado el papa Francisco.

La restauración del orden de los sacramentos tiene el potencial de renovarlo todo, desde la experiencia de los padres hasta la pastoral juvenil. Por ejemplo, los padres podrán preparar a sus hijos para recibir los sacramentos de la Reconciliación, Confirmación y Eucaristía en la etapa en que son más receptivos a la formación y a las gracias que recibirán. Durante mi tiempo como obispo de Fargo, me encontré con muchos niños de tercer grado abiertos y receptivos a los dones del Espíritu Santo. Santo Tomás de Aquino nos recuerda que “La edad del cuerpo no prejuzga la del alma”²⁴. Debemos atesorar y maravillarnos ante la capacidad de confianza y asombro de los niños. Su capacidad de ver la verdad y de confiar completamente en Dios supera la nuestra muchísimas veces y esto permite que puedan recibir la gracia del sacramento de manera más profunda.

La formación que recibirán nuestros niños después de ser confirmados necesitará cambiar, debido a la nueva dignidad y la fortaleza espiritual que han recibido. La Iglesia enseña que la marca indeleble que han recibido en la Confirmación les permitirá proclamar la fe durante toda la vida, realizar actos de caridad y profundizar en su relación con Cristo.

Esto significa que el ángulo de la formación de los grupos de jóvenes de educación intermedia y secundaria debe cambiar, de ser una preparación sacramental a ser una formación comunitaria, a promover relaciones más profundas con cada persona de la Trinidad y a prepararlos para ser testigos de la fe. He visto cómo este modelo, que está basado en la formación que Jesús dio a sus apóstoles, está dando mucho fruto en varias parroquias a lo largo de la arquidiócesis.

La realidad de un mundo crecientemente secularizado es la siguiente:

las almas de nuestros hijos son el campo de batalla. Como pastor de la Arquidiócesis de Denver, debo hacer todo lo que está en mi poder para ayudar a aquellos que forman a nuestros niños a ganarla.

Nuestra cultura les enseñará a ser agradables, justos y a sentirse bien consigo mismos, pero negará su profunda necesidad de salvación y redención. La visión de mundo dominante proclama que si son justos y tolerantes, todos serán felices y el mundo será un lugar mejor.

El deísmo terapéutico moralista, al no ofrecer una alternativa a aquellos que no son lo suficientemente buenos o agradables, está condenado al fracaso. No ofrece una sanación auténtica. Y si bien sus adherentes hablan de una recompensa eterna por sus acciones, en su visión Dios es reducido a una deidad distante, que no tiene nada que ver con su vida cotidiana. Esta visión del mundo no satisface ni convence a nadie. Lo que en verdad saciará nuestros corazones es el encuentro con Dios, que es amor. Es Él quien sanará nuestros corazones y cambiará nuestras vidas.

Llamados a la Eternidad

Algunos meses antes de morir, San Juan Pablo II se dirigió a los jóvenes que querían reunirse con él en la Jornada Mundial de la Juventud en Colonia, Alemania, en 2005. Si bien su mensaje se dirigía a los jóvenes, se aplica a todos los católicos, jóvenes, adultos y ancianos, y tiene una especial relevancia para nosotros hoy.

San Juan Pablo escribió que “la Iglesia necesita auténticos testigos para la nueva evangelización: hombres y mujeres cuya vida haya sido transformada por el encuentro con Jesús; hombres y mujeres capaces de comunicar esta experiencia a los demás. La Iglesia necesita santos. Todos estamos llamados a la santidad, y solo los santos pueden renovar la humanidad. En este camino de heroísmo evangélico nos han precedido tantos, y es a su intercesión a la que os exhorto recurrir a menudo”²⁵.

El que el mundo necesita santos queda claro para cualquiera que ve las noticias. Muchos padres me han compartido su preocupación ante el hecho que sus hijos crezcan en una sociedad cada vez menos cristiana y muchas veces anticristiana.

Para poder criar santos en este ambiente hostil se necesita desde el principio la ayuda de los padres y abuelos, quienes deben ser un ejemplo de vida cristiana y ayudar a los niños a madurar para ser verdaderos discípulos.

Pocas personas han escuchado acerca del padre franciscano Leo Heinrichs, quien fue el párroco de St. Elizabeth en 1908, ubicada en lo que es hoy el Campus Universitario Auraria. Es un gran ejemplo del “heroísmo evangélico” del que hablaba San Juan Pablo II, que todo padre debe buscar imitar.

El padre Leo había sido párroco en St. Elizabeth por cinco meses cuando Giusseppe Alia fue a recibir la comunión en la misa de la mañana. Alia recibió la comunión en su lengua, y luego la escupió y la arrojó al padre Leo. Alia sacó una pistola y disparó al sacerdote alemán. Fue capturado por los parroquianos y policías al tratar de escapar de la iglesia.

El padre Leo usó sus últimas fuerzas para reunir algunas de las hostias que habían sido derramadas en el piso y las puso en el copón en las escalinatas del altar de la Virgen María. Su último gesto, mientras yacía en el suelo del santuario, fue apuntar hacia las hostias que ya no podía recoger por su debilidad. 30 años después, su causa de canonización fue introducida en Roma y muchos favores milagrosos siguen siendo otorgados a aquellos que visitan su tumba en Totowa, Nueva Jersey.

El asesino dijo más tarde a la policía que no conocía al padre Leo y que lo había asesinado simplemente por odio a los sacerdotes. Alia planeaba matar a otros tres sacerdotes ese mismo día si no lo hubiesen capturado.

Quizás nunca lleguemos a experimentar una persecución tan directa como la que sufrió el padre Leo, pero tanto su historia como la de los nuevos mártires del Medio Oriente y África nos deben cuestionar profundamente: “¿Cuánto conozco al Señor? ¿Cuántos sacrificios estoy dispuesto a hacer por Él? ¿Estoy preparado para transmitir la fe a mis hijos o nietos y ser su primer y principal educador en la fe? ¿Qué puedo hacer para que mi familia sea una verdadera iglesia doméstica?”

Los dones del Espíritu Santo verdaderamente sanan nuestros corazones heridos y hacen que nuestra fe se vuelva tangible. Con la presencia del Consolador es posible proclamar como el Ángel Gabriel dijo a María que “nada es imposible para Dios”²⁵. Y con María, podemos alcanzar la santidad al rendir nuestros corazones al Espíritu Santo y a Jesús, la Palabra hecha

carne. Y con Ella, podemos decir al Padre, “Hágase en mí según tu palabra”.

Elevo mis oraciones para que con los dones del Espíritu Santo, la gracia fortificante de la Confirmación y el alimento espiritual de la Eucaristía que se nos da todos los días, la arquidiócesis se llene de muchos cristianos en camino de ser santos. Como su pastor, pido a cada uno de ustedes que apoyen estos esfuerzos para hacer de nuestros niños y de todos los fieles valientes y auténticos discípulos de Jesucristo.

Dado en Denver el 14 de mayo, solemnidad de la Asunción del Señor, en el año 2015

Sinceramente suyo en Cristo,

A handwritten signature in black ink, reading "Samuel J. Aquila". The signature is written in a cursive style with a large, sweeping flourish at the end.

Reverendísimo Samuel J. Aquila
Arzobispo de Denver

Notas finales

- 1 Concilio Vaticano II, Constitución Dogmática *Lumen Gentium*.
- 2 *Catecismo de la Iglesia Católica* (CIC), párrafo 1999.
- 3 CCC, 1322.
- 4 CCC, 1324.
- 5 *Mayor Perfección*, por la Hermana Miriam Teresa Demjanovich.
- 6 Arturo Elberti, S.J., “Witness of Christ in the Spirit” en *Rediscovering Confirmation*, ed. Pontificum Concilium pro Laicis (Ciudad del Vaticano, 2000), 42.
- 7 Papa Pablo VI, Constitución Apostólica sobre el Sacramento de la Confirmación *Divinae Consortium Naturae* (15 de agosto, 1971)
- 8 Paul Haffner, *The Sacramental Mystery* (Trowbridge, UK, 1999) 72.
- 9 Romanos 8,14-16.
- 10 Elberti, S.J., “Witness of Christ in the Spirit,” 65.
- 11 Hechos 8,14-17.
- 12 Hebreos 6
- 13 *Divinae Consortium Naturae*, 1.
- 14 Cánones 889 §2 y 891 del *Código de Derecho Canónico*, y CIC, 1212-1419.
- 15 Papa Benedicto XVI, Exhortación Apostólica *Sacramentum Caritatis*, 17.
- 16 Lucas 2, 51 – 52.
- 17 Pope John Paul II, *Familiaris Consortio* (FC), 28.
- 18 Cf. *Gravissimum Educationis*, 3; FC, 38; CCC, 2225.
- 19 LG, 11.
- 20 Christian Smith and Melinda Lundquist Denton, *Soul Searching: The Religious and Spiritual Lives of American Teenagers*, Oxford Press, pp. 162-163, 2009.
- 21 Ibid, p. 171.
- 22 Pope John Paul II, *Catechesi Tradendae* (CT), 5.
- 23 CIC, 1308. Cf. *Summa Theologica* III.72.7ad2.
- 24 Papa Juan Pablo II, “Mensaje a los Jóvenes del Mundo con Ocasión de la XX Jornada Mundial de la Juventud”, 7.
- 25 Lucas 1,37.

Necesitamos los dones del Espíritu Santo para vivir una vida que de gloria al Padre, todos los días, a cada hora, cada minuto y cada segundo. La meta de la vida cristiana no es un mero moralismo, que crea normas y las sigue; ni tampoco un sistema ideológico que nos presenta verdades para nuestro asentimiento. Más bien, es “la experiencia viva del Señor Jesús en la gracia de su Espíritu”.

ARZOBISPO AQUILA, p. 7



ARCHDIOCESE
OF
DENVER

Por más recursos:
archden.org/santos